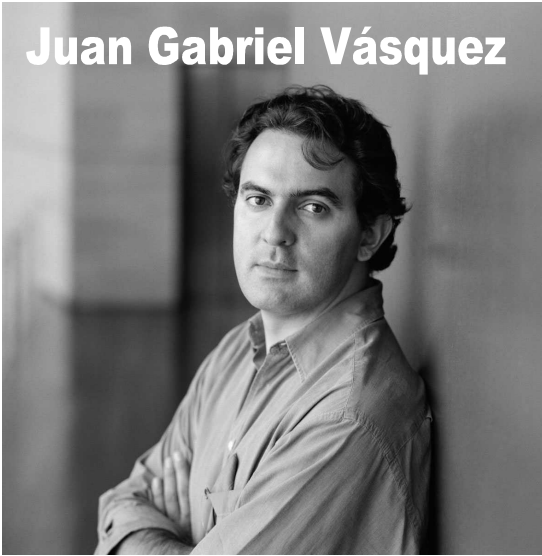




Juan Gabriel Vásquez



Las esquilas del miedo (entrevista)

Por Winston Manrique Sabogal (Xornal El País, 2011)

El olor parco del té verde usurpa esta mañana el aroma del café colombiano en casa de Juan Gabriel Vásquez, por culpa de la cafetera estropeada. En cualquier caso, a ese reinado foráneo le quedan hoy unos 70 minutos, porque unas nubes grises se avecinan sobre Barcelona. Un preámbulo profético para un escritor que hablará sobre imposturas, sobre el espejismo del control de nuestras vidas y sobre las esquilas de la onda expansiva del miedo. En este caso de la generación de los años ochenta en Colombia, la del propio Vásquez, que vio germinar y crecer el narcotráfico y padecer el estallido de su florecencia convertida en narcoterrorismo.

Todo eso anida en *El ruido de las cosas al caer*, la tercera novela de este abogado reconvertido en escritor, traductor y columnista bogotano nacido en 1973. Un libro con el cual Vásquez ha obtenido el Premio Alfaguara que confirma una trayectoria en la que cada una de sus obras ha gozado del aplauso de la crítica: los cuentos de *Los amantes de Todos los Santos*, las novelas *Los informantes* e *Historia secreta de Costaguana*; la biografía de

Joseph Conrad, *El hombre de ninguna parte*, y el ensayo literario *El arte de la distorsión*. ¡Ah! y de su primer premio con ocho años, el cuento *Jugando con papel*, "como el verso de Stevenson que tanto le gusta a Marias", sobre un perro que se va a Londres. Quince años después, ya con 23, él mismo vendría a vivir a Europa, y su país se convertiría en su obsesión. Tanto que en este libro el protagonista, Antonio Yammara, "es un trasunto de Colombia como Artemio Cruz lo es de México".

Bajo una luz cálida que cae del techo, Vásquez entra al salón de su casa escoltando a regañadientes la taza de té verde. Sonríe con su cara de profesor enrollado y aspecto atlético que hoy viste una camisa color aguacero, *jeans* azules y zapatillas negras. Deja la taza sobre la mesa de centro y se sienta en la punta del sofá gris en forma de ele que va hasta la biblioteca.

Nada eclipsa su voz serena y redonda que empieza buscando la respuesta a la aparente vocación fratricida de sus compatriotas. "Las novelas son la única manera que he encontrado de responder a esa pregunta que yo también me formulo de la única manera que sé hacerla. Explorando en los destinos de los personajes y siguiendo esa especie de ética del novelista que inventó Cervantes que es la neutralidad. Mis novelas nunca han sido capaces de juzgar, de dividir la realidad colombiana entre víctimas y victimarios, eso no puede existir en las ficciones. Lo que sucede es que la historia colombiana es una historia marcada por la violencia".

Una especie de sino abordado en la literatura y que el escritor colombiano R. H. Moreno Durán describió así: "Sin la muerte Colombia no daría señales de vida. Una frase fuerte pero que se refleja en la literatura porque desde su primera novela, *El carnero*, en 1638, no hay obra importante que no gire en torno a la muerte". Una afirmación que Vásquez amplía: "La literatura, la novela en particular, siempre ha respondido a los lugares oscuros de nuestra experiencia. La novela es una respuesta a las preguntas que la vida nos tira a la cara. Es nuestro intento por comprender lo que sucede. Las mejores novelas del siglo XIX exploran momentos de tensión y de violencia muy marcados. Todo el modernismo responde a esa especie de desorientación general de Europa y Estados Unidos después de la I Guerra Mundial, que obliga a Occidente a un examen profundo de lo que somos. Echa por tierra todas las certidumbres que tenía Occidente y es de ahí que salen *Ulises*, *En busca del tiempo perdido*, *El hombre sin atributos*. Colombia no es distinta en ese sentido. Nuestra violencia endémica y multiforme, que se las arregla para reinventarse, sigue siendo incomprensiva. En esa medida los autores siguen explorándola porque las novelas son aparatos para hacer preguntas sofisticadas y para tratar de adivinar lo que no entendemos".

Y calla como si meditara lo que acaba de decir... Mira la taza de té con su vapor debilitándose y toma un sorbo que acto seguido le trae esto a la boca: "La gran sorpresa con esta novela fue encontrar que ya podía hablar de esos temas. A mí me costó mucho trabajo llegar a escribir sobre Colombia. Sentía que no entendía al país, que me había alejado demasiado y había perdido la autoridad para escribir sobre él puesto que me resultaba un lugar lleno de zonas oscuras y difíciles de entender. Tuve que pasar muchos años viviendo fuera, llegar a España y conocer ciertos libros y tal vez, incluso, madurar un poco para entender que precisamente esa ignorancia, ese desconocimiento, era la mejor razón para escribir sobre Colombia. Pero el tema del narcotráfico siempre se me resistió. Estos días entendí que mi resistencia durante los primeros libros que escribí sobre mi país se debía a que había salido en 1996 de una Bogotá que era hostil y sentía amenazante. Incluso el padre de un amigo murió en el avión de Avianca que hizo estallar Pablo Escobar en 1989, y hay dos grados de separación entre un muerto por la bomba de un centro comercial y yo. Haber crecido en esa ciudad me bloqueó esos temas. Pero hace dos años, cuando mataron a ese hipopótamo que estaba en el zoológico de Escobar de la hacienda Nápoles, y con el cual abro la novela, pasó algo que me sirvió para cerrar, por fin, mis tiempos



Tertulias Literarias

adolescentes en Bogotá con una vida acostumbrada al miedo, a los toques de queda y asesinatos de políticos. Mi generación está marcada por la impotencia. En mi novela hay una lectura metafórica sobre el destino de Colombia a través del protagonista".

Ante la evocación de aquel sinvivir aprieta los labios. Y apoya los codos sobre sus rodillas mientras sus manos siguen estas palabras que lo autorretratan y dan con el origen de su novela. "Llevaba un año trabajando en ella sin saber muy bien qué era lo que estaba contando. Yo no planeo mis novelas hasta el último episodio, sino que parto de una imagen que generalmente es biográfica, una idea que me obsesiona... Yo estaba estudiando Derecho en Bogotá y al final de la carrera sentía hartazgo y hastío por las clases y me escapaba a oír poesía en la Casa de Poesía Silva. Durante una de esas escapadas un hombre, delante de mí en otro sofá, comenzó a llorar de una manera que nunca he visto llorar a un adulto. Esa fue la escena con la que empecé a escribir el libro. Y si aceptamos que toda novela empieza con una pregunta, la mía era: ¿qué estaba escuchando ese hombre? Yo venía un año persiguiendo estas preguntas, tratando de construir un aparato narrativo a su alrededor cuando supe la noticia de que habían matado al hipopótamo; eso soltó una cantidad de imágenes y memorias y sensaciones reprimidas. No solo se me aclaró que la novela era sobre el miedo, sino también sobre uno de los grandes temas del libro: la pérdida de control, la ficción de que tenemos dominio sobre nuestras vidas, y que desaparece cuando creces en un lugar así".

Sin dejar de hablar, y en un segundo, quita sus codos de las rodillas, se endereza y recoge su pierna derecha para sentarse sobre ella y reflexionar sobre cómo la vida es un duelo eterno entre lo que queremos hacer y la manera en que ella es la que va cincelandando cada destino. Por eso, junto al azar, son temas latentes en su narrativa. "Es una de mis obsesiones, nuestra lucha como individuos contra los grandes mecanismos sociales. Eso pasa en este libro. Es uno de los puntos donde la novela tiene algo que decirle a la cultura occidental, y en eso está reflejado el momento en el cual fue escrita. Nunca como hoy nos hemos sentido los seres humanos tan vulnerables y sujetos a los azares de la violencia gratuita, del mal ajeno, y eso se debe, en parte, a que vivimos una época de terrorismo globalizado. Justo hoy han matado a Osama Bin Laden, paradigma de la maldad y el miedo global. Lo que define al mundo pos-11 de septiembre de 2001 es esa especie de noción de que nuestra vida no depende de nosotros, de que estamos sujetos al mal ajeno. Es uno de los sentimientos que baña la novela. Un libro escrito después de aquellos atentados, aunque la acción termine en 1999. Ninguna de mis novelas puede evitar haber sido escrita en la coyuntura histórica posterior al 11-S. Tal vez lo que hizo que este libro estallara, porque yo había estado flirteando con esta historia, fue la conciencia de la relación que había entre este mundo actual y esa Bogotá en la que crecí; o, más bien, cómo esa Bogotá era una especie de modelo a escala de lo que sucede hoy a nivel global".



Vásquez libera la pierna derecha sobre la que está sentado, abraza la taza con sus dos manos y da claves. "Una de las revelaciones mientras escribía fue entender que nuestra generación nació con el negocio del narcotráfico. Cuando Richard Nixon declara la guerra contra las drogas es el año 1971, pero en 1970 empiezan a salir los primeros aviones con marihuana, porque en 1969 Nixon ha cerrado la frontera con México y los consumidores buscan otros productores. Yo soy de 1973, el año en el que se funda la DEA. Pertenezco a una generación en que determinados errores políticos y morales crean de la nada una mafia poderosísima donde antes no había más que un problema de salud pública si se quiere; y llegamos a la mayoría de edad cuando la guerra entre los carteles y el Estado está en su apogeo. Darme cuenta de eso fue fascinante y supe que esa tenía que ser una de las preguntas del libro: ¿cómo marcó a una generación ser contemporáneo de ese negocio?, y aún más interesante, ¿cómo lo hizo con quienes no tenían nada que ver, pero coincidieron en el mismo espacio geográfico con el negocio?".

Tiempo de miedos agazapados y desventuras tratadas en novelas colombianas como *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo; *Rosario tijeras*, de Jorge Franco, y *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince. Como estas, *El ruido de las cosas al caer* no es una novela histórica, es una novela basada en la historia. Una ficción leída como verdad. Esa es la geografía creativa de Vásquez, que aclara sus coordenadas: si *Historia secreta de Costaguana* es una puesta en escena en el pasado, sus otras dos novelas, *Los informantes* y la nueva, son sobre el pasado, "lo cual no es necesariamente lo mismo, y que se recuerdan desde nuestro tiempo. En ellas hay memoria, recordar es un verbo importante. Recordar es un acto moral, y en eso son novelas morales".

Al reacomodarse en el sofá deja a la vista el cuadro que está detrás de él, a lo lejos en el comedor; parece un Hopper con una escena y un ambiente esenciales en el libro. Vásquez dice ahora que "al contrario de lo que pasa cuando escribes novelas, que entras a un

GRUPO A



Tertulias Literarias

terreno de ambigüedad donde las certidumbres son peligrosas y donde por oficio tienes que liberarte de la certidumbre, yo como ciudadano y como ciudadano que soy de columnas de opinión en *El Espectador*, de Colombia, he tocado el tema de la legalización de la droga y sigo siendo un defensor radical de ella; entre otras cosas por conocimiento de cómo surgió el negocio y porque es un asunto privado, en el cual no tiene derecho a meterse el Estado, porque la libertad individual hay que respetarla. Está claro que cuando Nixon declara la guerra contra las drogas, cambia nuestro mundo, y un problema de salud pública con puntos focalizados se convierte por obra y arte de esa decisión en una gran industria de corrupción y violencia".

Eso contribuyó a que él saliera de su país en 1996. "La razón principal es que me había convencido, de manera más bien absurda e indemostrable, de que necesitaba irme para ser el tipo de escritor que quería ser. Claro, también colaboró un cierto hastío con una ciudad que apenas estaba saliendo de una década larga de mucha violencia. Lo de la Sorbona, donde estudié Literatura Latinoamericana, era un pretexto para estar en contacto con una manera nueva de ver el mundo y con una tradición, la de los novelistas expatriados que yo admiraba, para los cuales París había sido importante: Joyce, Hemingway, Fitzgerald, Cortázar, Vargas Llosa. Luego me fui a vivir con unos amigos un año largo a Las Ardenas, en Bélgica".

Y en 1999 llegó a Barcelona. Allí sigue. Desde entonces ha conocido nuevos miedos. Ha visto crecer a sus hijas, "y eso viene aparejado con uno de los grandes temas de la novela: el afán por proteger a la gente que quieres y esa suerte de resignación de que no puedes protegerla de todo".

Una fugaz luz veraniega irrumpe por la puerta ventana que da a la terraza interior. ¿Y si el miedo es la característica de su generación, cuál es la de Colombia en 200 años de independencia? Piensa, y sus palabras comienzan a merodear la respuesta: "Mi país está construido sobre la desconfianza. Ahora entiendo por qué a veces me preguntan el motivo de que en mis historias lo más importante es una traición...". Y tras un rosario de ejemplos llega al: "Por eso fueron tan graves los ocho años de uribismo. Su Gobierno es en muchos sentidos la encarnación clara de la utilización de la desconfianza como mecanismo de poder. Destruyó los vestigios de solidaridad, de confianza, que quedaban en el tejido social colombiano. Espero que le pase factura". Las nubes devuelven el protagonismo a la lámpara del techo envuelta en una enredadera plateada. Esta es una novela esparcida de referencias literarias colombianas, proféticas algunas, que dan impulso a la historia. Aunque falta *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, cuyo comienzo se saben casi todos los colombianos: "Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia". Una frase, reconoce Vásquez, que "podría servir de epígrafe para mi novela. Es un libro que, además, ayuda a comprender que esto no es la primera vez que sucede".



El olor a lluvia llega como la niebla y destierra el olor del té cuando Vásquez ya ha empezado a descifrar su mundo más literario. "Soy un novelista tradicional que no desprecia ninguno de los hallazgos de la mejor novela contemporánea, y tradicional en el sentido de la construcción de las historias y que quiero agarrar al lector del cuello y decirle: '¡Usted no puede soltar este libro porque en la página siguiente va a pasar algo!'. ¿Y el boom? "Recuperó los ámbitos de la realidad política, social e histórica de nuestros lugares. Supo contarlos con las herramientas del modernismo literario, de la mejor novela moderna de la primera mitad del siglo XX. Historias clásicas contadas a través de las herramientas que nos dejaron Joyce, Faulkner y Woolf, y eso es parte del legado que yo como novelista latinoamericano recibí".

Una herencia universal con la que tiene deudas concretas. "En la cima de la pirámide está Conrad, de eso me doy cuenta con los años. Vargas Llosa ha formado mi idea de la vocación, o más bien le dio forma a lo que yo ya sentía. Borges me ha acompañado siempre. En los libros puntuales, sé que mis cuentos de *Los amantes de Todos los Santos* están marcados por Chéjov; *Dublineses* de Joyce, por Cheever y Carver. *Los informantes*, por Philip Roth, uno de los autores a quienes más debo (sin novelas como *Pastoral americana* o *La mancha humana* yo probablemente no habría llegado nunca a escribir sobre Colombia). Pero también Javier Marías. *Historia secreta de Costaguana* se benefició muchísimo de Orhan Pamuk y de Salman Rushdie, y hay páginas que no hubiera podido escribir sin echar una mirada de vez en cuando a *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes. En *El ruido de las cosas al caer* hay dos libros que para mí fueron lo que es el catecismo para los creyentes: *El gran Gatsby*, de Fitzgerald, y *La vida breve*, de Onetti".

Un periplo personal y literario que le ha permitido a Juan Gabriel Vásquez no tener miedo de perder la riqueza de la lengua materna o polinizarla después de 15 años de vivir fuera de su país. Su español, asegura, admite influencias anglosajonas, francesas y del

GRUPO A



español ibérico. "Y sin problemas, por una razón: como han probado muchos, la lengua literaria se comporta frente a la lengua hablada como una lengua extranjera. Es una fabricación, es artificiosa, y el novelista la construye con todo lo que tenga a mano". Ha amainado. Vásquez se levanta y abre la puerta de la terraza por donde entra el aire como un alegre oleaje. De cerca el Hopper no es Hopper, es un Saturnino Ramírez, un colombiano especializado en el mundo del billar. Un escenario donde el azar lleva a que se encuentren Antonio, joven profesor de Derecho, y Ricardo, un piloto y expresidente de 48 años, para que *El ruido de las cosas al caer* pueda tornarse en un bucle de memoria y recuerdos que escarban en las raíces del mal y su onda expansiva en la penúltima Colombia.

La peste de mi país

Por Jordi Gracia (Xornal El País, 2011)

Es mejor decirlo desde el principio: Vargas Llosa es el escritor fetiche para la estirpe de escritor a que pertenece Juan Gabriel Vásquez, nacido en Bogotá en 1973, pero instalado en España desde hace varios años. En 2004 había publicado ya, con 30 años, una pequeña obra maestra, *Los informantes*, a la que siguieron otras inmersiones en la historia de Colombia y de América, la atracción por Conrad -sobre él escribió una elíptica e intensa biografía, *El hombre de ninguna parte*- o por otros escritores entrevistados en espléndidos ensayos en *El arte de la distorsión*. La literatura es conflicto y funciona como probeta comprometida con el presente, por donde pasa el pasado y por donde emerge su naturaleza volátil y venenosa.



A la combustión entre literatura y compromiso regresa esta nueva novela, titulada *El ruido de las cosas al caer*, aunque hubiese podido titularse con otras tantas frases tomadas del texto: *Salvarse de Bogotá*, *Recuerdos de mentira*, *La peste de mi país* o *Los pilotos muertos*, es decir, los pilotos muertos que guían la vida de personas desde la muerte hacia el vacío o el dolor. Todas ellas aluden en el fondo a lo mismo: la vigencia de la muerte y el peso destructivo del narco en la sociedad colombiana actual, sobre todo para aquellos que nacieron en los setenta y pautaron su biografía con los primeros asesinatos, las primeras catástrofes pero también los espacios de fantasía infantil y prohibida como la Hacienda Nápoles de Pablo Escobar y su fabuloso zoológico comido hoy de puro abandono.

Pero el presente sólo se lee o adivina en los renglones del pasado. La novela se construye como la averiguación sobre ese pasado de silencios y biografías inventadas por parte de un profesor de Derecho accidentalmente herido cuando disparan sobre una suerte de pionero del narcotraficante, Ricardo Laverde. Su historia es la de tantos presumibles narcotraficantes, enrolado primero en la aventura de hacer un dinero fácil con la marihuana, después con la cocaína, mientras Estados Unidos en los primeros setenta inicia su guerra contra las drogas y al mismo tiempo se suceden las interacciones imprevistas entre la fraternidad *hippy* y el inicio del narcotráfico a gran escala. Tiene por tanto vocación de novela generacional y analítica de los nervios secretos del presente: "Siempre he creído que así, comprobando que no estamos solos, neutralizamos las consecuencias de haber crecido durante esa década, o paliamos la sensación de vulnerabilidad que siempre nos ha acompañado".

La novela sin embargo es literaria y no sociología o historia recreativa. Inspecciona el pasado en la memoria vivida de unos pocos personajes y es eso lo que la hace pivotar brillantemente sobre interrogantes con respuestas complejas: el dominio de la mentira y la vergüenza sobre vidas tocadas por ese origen tóxico, las desapariciones fabuladas para callar la cárcel, la muerte como destino caprichoso y violento de ciudadanos o la impotencia como metáfora difusa en el narrador de una herida social por curar. Frente a la complejidad estructural y la densidad reflexiva de *Los informantes*, la transparencia del relato en este caso prestará al lector las armas para la caza sutil de analogías y paralelismos sin subrayar, para que el lector apure por su cuenta el significado de haber soñado de chico con ser el aviador que perpetuaría el legado heroico del abuelo y al mismo tiempo encarnar una devaluación casi inocente, o sin culpa, de ese legado convertido en herencia de dolor. Sin querer, ese pasado y el azar manchan invisiblemente a la voz protagonista, impotente también para cumplir lo que se ha prometido: dejar a su mujer y a su hija "a salvo de la peste de mi país, de su atribulada historia reciente: a salvo de todo aquello que me había dado caza a mí como a tantos de mi generación".



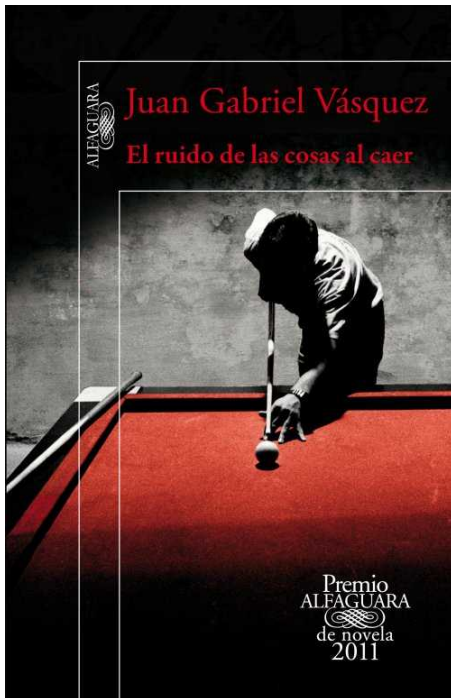
Colombia en dos novelas

por Marianne Ponsford (Revista Arcadia)

La literatura colombiana debe celebrar la publicación de dos novelas de formidable factura literaria: con su ritmo vertiginoso, 35 muertos de Sergio Álvarez atrapará al lector desde la primera página. Y con su música contenida, *El ruido de las cosas al caer*, de Juan Gabriel Vásquez, lo dejará inquieto y seducido. Desde orillas opuestas, ambas se preguntan por las consecuencias de la violencia que ha signado el destino de las últimas décadas de la historia nacional. ¿Quiénes son estos dos escritores de vidas paralelas, pero antagónico espíritu literario?

Juan Gabriel Vásquez es un escritor grave. No hay ironía en su mundo literario; tampoco ligereza. Lo que hay es una contundente voluntad de realismo. Vásquez quiere contar historias trascendentes y el temple de su bellísima y estricta prosa está dedicado a ello. Su escritura fluye, pero no como un arroyo alegre o inocente, sino como un río de caudal denso y oscuro, en el que uno intuye escondidas corrientes que amenazan.

El ruido de las cosas al caer (uno de los títulos más hermosos, creo, de la literatura colombiana) es su quinta novela y ha sido merecedora del premio Alfaguara de novela. Como era de esperarse de su autor, no es una novela complaciente. No lo es, porque todo en ella parece medido con milimétrica exactitud. No lo es, porque se niega a ser sentimental. Y no lo es, sobre todo, porque solo tras cerrar el libro, el lector se da cuenta de cuán triste es la historia que ha leído.



Juan Gabriel Vásquez nació en 1973, en Bogotá. A punto de cumplir cuarenta años, ha publicado las novelas breves *Persona* y *Alina Suplicante*, y las tres novelas mucho más ambiciosas y logradas *Los informantes*, *Historia secreta de Costaguana* (con la que estuvo a punto de ganar el mismo Alfaguara hace cinco años), y ahora *El ruido de las cosas al caer*. También, un libro de cuentos, *Los amantes de todos los Santos* y uno de ensayos *El arte de la distorsión*, así como una breve biografía sobre Joseph Conrad, uno de sus muchos amores literarios.

Vásquez ha confesado que preferiría borrar de su biografía literaria sus dos primeras novelas. Yo creo que se equivoca. En ellas, y sobre todo en *Persona*, se adivinaba ya (mucho más que en el primer cuento de García Márquez, por ejemplo) el extraordinario escritor en el que con el tiempo se convertiría. Su deuda siempre manifiesta con la escritura de Mario Vargas Llosa se dejaba entrever en unos diálogos secos, contenidos, como escritos al compás de un metrónomo, y en la construcción de esa tensión subterránea que para mí llegó a uno de sus momentos más brillantes en una larga conversación telefónica que ocupa casi veinte páginas en su magnífica novela *Los informantes*.

Hace un año largo, en enero de 2010, en una cena con Vásquez y con el escritor británico Ian McEwan en el marco del Hay Festival de Cartagena, McEwan pareció lamentar con suave ironía las ocho páginas que dedicó a describir los macabros detalles del descuartizamiento de un cadáver en *El inocente*, arguyendo que la excesiva crudeza de esas páginas habían afectado las ventas de la novela. Muchos años antes, cinco tal vez, en un café madrileño, tuve una acalorada discusión con

Michi Strausfeld, editora de los autores hispanoamericanos de la prestigiosa editorial alemana Suhrkamp. Ella decía que su editorial sí quería traducir al alemán *Los informantes*, pero que ellos eran editores muy estrictos y le habían pedido al autor que recortara precisamente ese extenso diálogo telefónico. Pero Vásquez se negaba, recalaba ella con algo de indignación ante la testarudez del escritor. Para mí, Vásquez tenía toda la razón. No sé cómo sucedieron las cosas después, pero veo en Internet que la novela se publicó en otra editorial alemana, Schoffling & Co. Cuento esta anécdota porque me parece que arroja luz sobre el carácter del escritor. Pone en evidencia que Vásquez no sacrifica su obra en aras de un mercado, o de una carrera. El escritor más elogiado en medios internacionales, y el más metódico de su generación, hoy traducido a catorce idiomas, no da su brazo a torcer en aras de ese confuso concepto llamado gloria literaria.

Aunque su biografía parezca indicar lo contrario. O más bien, parezca indicar que nada le importa más allá de una disciplinada dedicación a la escritura. Muy joven, tras estudiar Derecho en la Universidad del Rosario, partió a París y se doctoró en Literatura Latinoamericana en La Sorbona. Después de tres años en París, pasó uno en las Ardenas belgas, donde escribió los cuentos de *Los amantes de Todos los Santos*, y luego se trasladó a Barcelona, donde vive, con su esposa y sus dos hijas, desde hace doce años.



Tertulias Literarias

Vásquez admite que vive en España porque en ese país hay un mundo más propicio para la publicación, más amable y respetuoso con la vocación literaria, y porque de alguna manera quería seguir los pasos de los grandes autores del boom. Pero así mismo, tiene claro que su obsesión es Colombia, es la historia de su país, y que este país es el gran protagonista de su obra.

Y sin duda lo es en *El ruido de las cosas al caer*. Porque esta es una novela sobre Colombia. Y la ambición de Vásquez es la de narrar cómo incide en una vida minúscula, anónima, individual, esa gran Historia de violencia que ha vivido el país.

Pero en un país cuya clase media y alta urbana vive de espaldas a esa historia reciente de violencia, y que solo logró sacudirse cuando la amenaza del secuestro tocó su puerta, la gran pregunta es cómo construir un edificio narrativo que logre representar. ¿Representar a quién? En un país brutalmente dividido en clases sociales, en uno de los diez países más desiguales del mundo, ¿cómo elegir a quién representar para ser el protagonista en el cruce de caminos entre las vidas individuales y la Historia con mayúscula?

Este es el primer gran logro de esta novela. La voz narrativa de estas supuestas memorias no es un personaje carismático. Ni vulnerable. Ni en absoluto excéntrico. Ni es rico ni es pobre, pero sí acomodado. No es un actor en el teatro del conflicto, ni paramilitar, ni guerrillero, ni político hampón, estrategia narrativa bienintencionada que tantas novelas fallidas ha producido. No es humilde, pero tampoco demasiado soberbio; es un hombre más bien frío y levemente antipático, una pizca arrogante, una pizca cínico, un hombre que huye de la intimidad, de la excesiva camaradería, y uno cuya misma capacidad para el amor parece depender demasiado del azar de las circunstancias: es decir, si obviamos su incómoda frialdad, en el esplendor de su juventud, Antonio Yammara es un hombre sin un solo rasgo memorable; un bogotano de clase media alta, profesor de Derecho en la Universidad del Rosario, que cata de vez en cuando a sus alumnas, y que no tiene demasiado empacho en subir una nota académica tras una noche febril en la cama. ¿Febriil? No. Nada en la personalidad de Antonio Yammara parece calzar ese adjetivo.

La novela se abre en el año 2009. A punto de cumplir cuarenta años, una noticia de televisión la cacería de uno de los hipopótamos fugados de la Hacienda Nápoles cumple las veces de resorte que dispara el recuerdo, y Yammara decide contarle al lector el episodio que, quince años atrás, cambió su vida.



Yammara vive en el décimo piso de un edificio del centro de Bogotá. Su abúlica y solitaria vida se mueve entre las aulas y los billares de la calle 14. Conoce bien el barrio de La Candelaria. A comienzos de la década de los noventa, Bogotá sufre las consecuencias de las bombas y los asesinatos selectivos de Pablo Escobar. Trece muertos aquí, cincuenta allá, veintidós más allá. Estallan los vidrios de los edificios. La palabra magnicidio comienza a formar parte del vocabulario colectivo de la ciudad: Lara Bonilla, Guillermo Cano, Luis Carlos Galán. La memoria de la adolescencia de Yammara no está poblada por el horror sino, como la de tantos ciudadanos, por las noticias del horror, una especie de trasfondo vagamente incómodo, pero en el fondo ajeno: las noticias hacen las veces de útiles listones para demarcar el tiempo de una lacónica biografía personal.

Precisamente en el billar que suele frecuentar, Yammara se entera por la televisión del asesinato de Álvaro Gómez. La trama se abre entonces a finales de 1995, Escobar ya ha sido abaleado, y se supone que lo peor de la violencia urbana ha pasado ya.

Hasta que llega el encontronazo accidental que cambia de golpe su vida y que, por supuesto, no se contará aquí. Y entonces esta novela expone su ambición. Vásquez pone las cartas sobre la mesa: quiere contar lo que vivió una generación de bogotanos que creció con el fantasma de un miedo que la costra de un egoísta escepticismo, como fórmula defensiva de la memoria, quiere obliterar. Ese miedo quiere ser a todas luces el leitmotiv de su novela. Y también, mucho más importante, el accidente del azar. Porque casi todo lo que sucede en *El ruido de las cosas al caer*, casi todo lo que mueve la trama, es fruto del accidente del azar. Un azar radicalmente opuesto al origen y a la vigencia de la violencia colombiana, cuyas causas históricas no tienen nada de azarasas.

Es probable que a eso se refiera el escritor cuando en entrevistas recientes se ha referido a la ética de la novela. A la obligación del escritor de contar lo que otros quieren olvidar. A la obligación del escritor de convertirse en el historiador alterno de su propio tiempo. A la necesidad de trascender el testimonio y lograr ya no conmovir, sino representar. No hay verdadera literatura sin la desmesura de esa ambición, y esta novela la tiene.

GRUPO A



Tertulias Literarias

El ruido de las cosas al caer es una hermosa y lograda novela. A lo largo su lectura, el lector se topa con personajes memorables como Ricardo Laverde, que acaba por convertirse en un oscuro alter ego del protagonista (y ese sí un personaje, condenado desde la primera página, cuya tragedia logra despertar sin reservas toda la humana compasión del lector), y la melancólica Maya Fritts (desafortunado juego, el nombre de Maya para una apicultora).

El escritor nunca pierde el control sobre el ritmo, y sale airoso de la difícil tarea de atrapar a un lector que sabe de antemano buena parte del desenlace. Crítica con una Bogotá indiferente (“ciudad de gente solapada y ladina”), su prosa está llena de cuidados aciertos y de símiles de impecable belleza: “...quitó el forro de la mesa, no de un tirón, como lo hacen otros billaristas, sino doblándolo por partes, con meticulosidad, casi con afecto, como se dobla una bandera en un funeral de Estado”. Y ese difícil regusto que deja la seca personalidad del protagonista pone una vez más evidencia la falta de complacencia de Vásquez con el lector, el tamaño de su apuesta literaria. Una apuesta que ha ganado con este espejo incómodo, en el que vemos el reflejo de las tragedias de esas vidas anónimas que no le importan a la historia oficial, pero que son su directa y rotunda consecuencia.

Fontes:

[Xornal El País \(suplemento Babelia\)](#)

[Revista Arcadia](#)

Para saber máis:

[Entrevista no Xornal online “Montevideo Portal”](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO A